

las ciudades. He interrogado á varios alcaldes de pueblo, y entre ellos, á muchos de esos «nobles tronados», de los que todo el mundo se burla, pero que nadie reemplaza cuando los echan de sus fincas; á muchos directores de industrias rurales, dueños de molinos ó de hornos de cal, herreros y labradores. Todos se quejaban de las molestias del cargo, de los abusos de los prefectos, de las envidias, de las ingratitudes, de las traiciones, que son la moneda que circula con más profusión hasta entre los pobres. «Entonces, ¿por qué no lo deja usted?» No niegan que es por algo de amor propio ó de interés. La mayor parte añaden, sin embargo: «No dejo el cargo, porque mi conciencia no me lo permite, pues siendo alcalde puedo impedir que se haga mucho mal y hacer mucho bien.»

¡Fraternidades! Creo que su papel tiene una importancia inmensa. Tal vez gracias á ellas la sociedad conserva aún el equilibrio.

---



## XXVII

### La herencia del tío Mannoir.

EL señor Le Bidon, que tenía la costumbre de cortar en dos su apellido porque esto le parecía indicio de nobleza, ex-constructor de carruajes, ex-aspirante á concejal de Orleans, estaba algo enemistado con el banquero Mannoir, su primo. No le faltaban motivos. El principal, el más humano, era la diferencia que había entre sus fortunas, entre sus posiciones sociales, entre las libertades que éstas autorizan. Precisamente á Le Bidon le parecía que no gozaba de libertad desde que se había retirado de sus negocios. Antes sí la había disfrutado, mientras vivió entre sus obreros que trabajaban á su lado y le llamaban familiarmente «abuelo», y entre sus parroquianos, á los que recibía con una obsequiosidad impertinente, por haber leído en los periódicos artículos que le gustaban mucho, contra «los que consumen y no producen» y por haber sufrido numerosos retrasos en el pago de sus facturas. Cuando el automóvil se puso tan en boga, se decidió á



vender su taller. Desde que no fabricaba ni vendía, no sabía de qué hablar. Excepto cuando salía con su perro á cazar al campo en el cual, solitario y alborotador, aullaba tanto como su galgo; excepto durante unas cuantas horas pasadas diariamente en el café entre unos parroquianos que por su puntualidad le trataban con deferencia, la vida le parecía monótona y poco agradable. Su carácter se agriaba. No se acostumbraba á encontrarse con su primo Mannoir que sabía hacerse el lazo de la corbata, que sabía andar, hablar, juzgar un caballo sin tocarlo, reír sin escandalizar, ultimar una venta en dos minutos, como si las cosas que se venden tuviesen siempre una etiqueta con un precio fijo, y que decía saludando con la mano: «¡Adiós, Bidon!» (1) expresión con la cual aludiese tal vez, al abdomen del ex-constructor de carruajes y que en todo caso era muy enojosa, sobre todo, cuando Mannoir añadía un «amigo mío», que hacía más honda la herida. Además, una de las causas que les separaban, era la gordura del uno y la esbeltez del otro. ¡Cómo se hubiese apresurado Le Bidon á correr á Marieband si hubiese creído que unos cuantos vasos de agua restablecerían la igualdad de formas! Y la causa principal de su mutua antipatía era la herencia, por ambos codiciada, del tío Mannoir.

Mannoir, el tío, que había vivido mucho tiempo en París, y que todavía pasaba dos meses al año en la ca-

(1) *Bidon*, colodra.

pital, residía en un castillo cercano á la ciudad, rodeado de prados, de tierras de labor, de viñas, de bosques, en fin, en una finca hermosísima. Los presuntos herederos no disimulaban lo que les agradaba la Jodelle. Procuraban embellecer el parque en donde uno de los dos viviría, y en donde entretanto, vivía el tío Mannoir. Los regalos de Le Bidon tenían el defecto de parecer siempre una réplica y de carecer de originalidad. Sin embargo, no por ello eran mal recibidos. ¿Que el banquero regalaba una gamuza viva, un kiosco techado con paja y trescientos metros de verja? Pues Le Bidon enviaba en seguida un perro alemán tan grande como la gamuza y dos de esos patos del Nyanza, que tienen una cresta en forma de corazón. ¿Que el banquero prometía al tío Mannoir un gran jarrón pintado para adornar la pradera? Pues el ex-constructor de carruajes pedía permiso para llevar un león de yeso con su pedestal. El tío Mannoir, en sus relaciones con estos dos herederos, daba muestras de una despreocupación notable. Fomentaba su rivalidad. No era de esos tíos ricos que vacilan en hablar de sus disposiciones testamentarias. Él repetía, explicaba á los interesados sus propósitos, no todos, ni siquiera los principales, pero sí los más delicados, los que demostraban lo bien que á ambos conocía aquel viejecito delgado, de tez roja, de cabellos blancos, pródigo de palabras, hablador prudente y admirable de indiferencia. Decía á su sobrino, al elegante:

—Tú llevas mi apellido, querido, y por eso te desti-



no mi vajilla de plata que tiene mi inicial. Hay en ella cosas preciosas, sobre todo esas dos ensaladeras cinceladas que recuerdan la famosa vajilla de plata de los Braganza...

—Sí, tío.

—Yo he estado en Portugal, y el rey Carlos, á quien confié este detalle...

Al constructor de carruajes le decía:

—A tí te corresponde mi berlina con todos los arreos, naturalmente: es casi una restitución. Y mira, te vendrá bien; empiezas á engruesar, la berlina parece un colchón de pluma. Yo que no puedo dormir en ninguna parte, duermo en ella abriendo la ventanilla.

Así, pues, había un testamento.

El tío Mannoir no se explicaba sobre lo esencial; olvidaba decir á quién había de tocarle la finca; olvidaba repartir su fortuna, que debía de ser bastante considerable, á juzgar por lo que gastaba. En esto hacía mal según sus herederos. Pero el buen señor debía tener sus razones para ello. No recibía sólo á los dos pretendientes, sino también á sus mujeres y á sus hijas, que le besaban, le tenían por confidente, le entretenían, y que, sin embargo, en casa del viejo se mustiaban de aburrimiento, como una hoja verde de lechuga en la jaula de un pájaro.

Una sola inquietud, punzante, atormentaba á veces á Mannoir, el banquero. ¿No dejaría el tío una cantidad importante á aquel otro sobrino, aquel sobrino segundo, huérfano de padre y madre, que acababa de en-

trar de escribiente en el juzgado? Un pobre diablo, á quien jamás se veía en la Jodelle; medio jorobado, medio cojo, medio tartamudo, al cual podían hacer peligroso hasta sus mismas desgracias y su alejamiento. ¿En qué, en quién no ha de pensar un hombre tan generoso, tan preocupado con su propio testamento como el tío Mannoir?

El tío Mannoir murió la semana pasada. Apenas se telegrafió la noticia á Orleans, los dos herederos se encontraron en la antesala del juzgado. El ex-constructor de carruajes llegó el segundo, sofocado, aunque había ido en coche, y temblando de emoción. Su primo y rival le saludó con aquella desenvoltura que envidiaba Le Bidon, y llamándole esta vez por su apellido completo, le dijo:

—Tú vienes, lo mismo que yo, á pedir que pongan los sellos en el castillo, querido Le Bidon. Me parece, en efecto, que debemos tomar esa precaución, por el guarda, por ese matrimonio sospechoso...

—¡Por todo!—replicó duramente Le Bidon.

—Tal vez tengas razón. Pero veo que hoy tienes tú más prisa que yo. Has llegado después; pasa primero.

Le Bidon entró en la sala en donde, en ausencia del juez de paz, estaba el escribiente que ignoraba el fallecimiento de su tío Mannoir. Afirmó que había un testamento y que conocía las cláusulas. Era un plural algo arriesgado. Para mantener su derecho, para poner de su parte al escribano, para consolarle de no partici-



par de la fortuna de su tío Mannoir, le puso en la mano dos monedas de cinco francos y murmuró:

—Pon muchos sellos y carga la mano en el lacre, desconfío.

El banquero Mannoir hizo lo mismo y dió veinte francos, pero excusándose con los gastos que ocasiona un viaje. El escribiente cogió los luises y dió las gracias tartamudeando, por lo que las dió dos veces.

Y aquella tarde la justicia se trasladó á la Jodelle. Mannoir, que había ido en automóvil, la esperaba. Le Bidon no tardó en llegar; el guarda se había puesto su placa, en la cual se leía: «La ley». Gravemente, abriendo el guarda las puertas para que entrasen en las habitaciones el juez, el escribiente y los herederos, y cerrándolas después, procedieron á buscar el documento en que constaba la última voluntad del difunto Mannoir. No hallaron nada en el despacho, ni en la alcoba, ni en la mesita de ébano del salón. Los herederos comenzaban á ponerse nerviosos. El juez, que hasta entonces no había dirigido la palabra á aquel guarda sospechoso, de corva nariz de indio, arbolada por el alcohol, preguntó:

—Guarda, ¿no sabe usted nada?

El guarda se irguió, levantó una mano...

—No jure usted, no hace falta.

—Entonces, señor juez, diré sencillamente que está debajo de la Venus de bronce del salón.

Allí estaba, en efecto, el testamento del tío Mannoir; allí estaba, en un sobre abierto.

Fué un instante trágico. En medio del salón, bajo la araña, el juez de paz recorrió con la vista el pliego de papel sellado. Por sus labios resbaló rápidamente una sonrisa, que pudo tomarse por una contracción nerviosa. Luego, declarando que sólo obraba en calidad de amigo oficioso, y mascullando las palabras para demostrarlo más claramente, dió lectura á las principales disposiciones del testamento. Mannoir confesaba...

—¡Guarda, retírese usted!—dijo Le Bidon.

Mannoir confesaba haber entregado su capital á una Sociedad, á cambio de una «renta vitalicia». No se disculpaba, por lo demás, y legaba la Jodelle y los muebles, «sin excepción», á Romorantin, su ciudad natal.

Le Bidon recibió muy mal la noticia, y juró como juraba en sus buenos tiempos, cuando un obrero le estropeaba una collera. Su coheredero no dijo nada al pronto. Estaba pálido; disimulaba la rabia que el otro no había sabido ocultar. Después de un momento de silencio, hizo un gesto con la mano y dijo:

—Cállate, Bidon; lo que nos sucede es una cosa natural: los hombres se heredan siempre unos á otros, pero hasta el último momento, nadie sabe jamás quién habrá salido ganancioso, si los vivos ó el muerto. Nos hemos equivocado. ¡El tío es el que se pasó la vida heredando!

Vengo del entierro del señor Mannoir.





## XXVIII

### La orquídea huracán.

—¡Chico, el tiempo no está seguro, ten cuidado!

—Sí, señor Parémont.

—Mira si las puertas de las estufas están todas cerradas; temo que tengamos viento; las estrellas parpadean esta noche muy descaradamente entre las nubes.

—Sí, señor Parémont.

—Vendré á relevarte á las cuatro de la mañana... No te duermas... Prepara bien el calorífero... que la temperatura no baje de doce grados; pero como la noche parece que va á ser fría, yo en tu lugar apretaría un poco y llegaría á los trece ó catorce...

Parémont, que había entreabierto la puerta vidriera y que la sujetaba con una mano, en tanto que con la otra sacaba afuera y levantaba en alto el farol cuadrangular, Parémont, repito, volvió la cabeza para añadir con una voz contenida, trémula y acariciadora, como la de un poeta que recita sus versos:



—Piensa, chiquillo, en que tenemos en flor cinco *Cattleya Tryanæ*, las más hermosas de todo París.

Respondióle una risita de fauno, y en la obscuridad palabras de *argot* y de latín, caprichosamente mezcladas, siguieron al horticultor que cerraba la puerta.

—¿Y la *Brassavola Digbyana*? ¿Por qué no habla usted de ella? ¡Pues así que no es maja la flor, con esa facha de canario que se esponja!

El horticultor se había marchado. Tricotel, muchacho parisiense, cuyo nombre de pila era Jerónimo, se quedó solo en el túnel ramificado de la estufa, entre los millares de orquídeas que los cristales defendían del frío, de la muerte. Tenía conciencia de su responsabilidad, cuanta puede tener un zagal de diez y seis años, que nunca ha tenido más de tres francos en el bolsillo los domingos, para el aperitivo, el *restaurant* y el teatro. El padre se quedaba con lo demás, como era natural. El padre era el cochero ciego de los Termes, que ha debido llevaros en su coche por lo menos una vez en vuestra vida el día de vuestra llegada: un hombre cortés, ya lo recordaréis, que se conformaba con la propina que se le daba, y que cuando se le había pagado, se acercaba al ojo derecho la mano llena de dinero. Tenía la pretensión de ver con aquel ojo. Muchas personas aseguraban lo contrario. Lo cierto es que el tío Tricotel no salía más que de noche, después de las siete, cuando las calles están más solas. Enganchaba su caballo, un animal que tenía mucha experiencia, que había nacido también en París y que

sabía dejar la derecha á los coches que iban en sentido contrario, acortar el paso al doblar una esquina, y obedecer á los guardias cuando levantaban su bastón; bajaba por la avenida de los Campos Eliseos, y las señoras de cierta edad, que iban en busca de un cochero de confianza y de un caballo manso hacían una seña á Tricotel que no lo advertía, y á su caballo también, el cual se paraba algunas veces.

Esto fué causa, como es natural, de la entrada de Jerónimo en casa del horticultor Parémont. Quedó vacante la plaza del ayudante que cuidaba de la estufa durante la noche, y como Tricotel se enterara, dijo á su hijo:

—«Eres demasiado joven para sentarte en un pescante, Jerónimo; pero, entretanto, puedes ir aprendiendo á velar. Esto será el principio del aprendizaje. Y hasta te considero más feliz que yo, porque estarás calentito y trabajarás entre flores.»

Á Jerónimo le gustaba su oficio: el velar no, pero las orquídeas sí. Hacía un año que vivía en casa del horticultor de Vauves, y desde entonces, aquel muchacho imberbe, de labios gruesos, pero que tenía en los ojos toda la gracia de su calle, descarado y decidido, se había puesto á estudiar los sistemas de cultivo de Parémont, los caracteres y la historia de las variedades «nacidas en la casa», como él decía, ó importadas de países cuyo solo nombre daba calor: Brasil, Java, Né-paul, Assam, Filipinas, Ecuador. Con el amo abría los cajones en los cuales se envían las preciosas plantas;



extendía, en los enrejados colocados sobre las tinas llenas de agua de lluvia, los tallos marchitos, los bulbos medio secos, las raíces contraídas y como muertas que, tres ó cuatro meses antes, habían cogido en las malezas ó en el bosque virgen los buscadores de orquídeas. «¿Qué color tendrá esta, maestro?» preguntaba. «Ahora lo veremos, muchacho: aquí tienes el *Angrecum sesquipedale*, una de las flores más bonitas de Madagascar, y mucho más linda aquí, en nuestros invernaderos, que allá en la isla; del tamaño de la palma de la mano, con cinco pétalos de cera blanca y transparente y una espuela como las de los ginetes mejicanos; aquí está la *Phalænopsis grandiflora*, rostro de nieve y cuello de oro; una *Desidrobicum* que tendrá coronas de perlas salpicadas de púrpura violada, y una almadreñita verde, un alfiler de corbata, un esmalte que pertenece al *Cypripedium*. ¿Qué más quieres? —Quisiera, señor Parémont, una orquídea que tuviese el color de mi sangre cuando me pincho. —¡También yo daría cualquier cosa por tenerla, Jerónimo! Pero la orquídea es una rubia, le gusta el nácar, el blanco, el rosa, toda la gama de los violados y los malvas, tiene miedo del rojo cereza.»

A veces el horticultor, complacido, decía: «Jerónimo, te gusta enterarte de las cosas del oficio. Ya sé que es uno de los que más apasionan, pero después de todo, tú no te has criado entre orquídeas como yo; ni siquiera hace un año que estás conmigo: ¿qué es lo que tanto te gusta en esta flor?» Un día que

acababa de repetir la pregunta, oyó Parémont la voz del obrero que contestaba: «¡Mire usted, es que la orquídea vive del aire, y en el barrio de los Jermes, sé yo que tiene muchos parientes!»

Jerónimo pensaba precisamente en esta broma mientras paseaba por las estufas, entre las plantas que debía preservar del frío; unas crecían en macetas en las que no había ni tierra, ni estiércol, sino solamente un poco de musgo mezclado con raíces de helecho; otras, con las raíces casi al descubierto, en cestas colgadas ó en alguna rama... Sí, era verdad; todas vivían del aire tibio, saturado de humedad, en el cual se bañaban noche y día; eran plantas poco apegadas á la tierra, constructoras de nidos en los árboles, bohemias del país de la luz, acostumbradas á pasarse sin el común sustento, pero inmensamente ricas en transparencia de flor, en fantasía y en alma.

Esta última idea tal vez no la formulase Jerónimo Tricotel muy claramente; pero, á pesar de ello, regocijaba su espíritu de bohemio. El ayudante del jardinero, llevando también en la mano un farol, recorría el invernadero examinando las puertas, consultando el termómetro, dando media vuelta á las llaves, arrodillándose junto á la boca del calorífero, que estaba en el otro extremo del jardín, en un departamento especial. El viento agitaba las esterillas de paja enrolladas encima de las techumbres de hierro. Á veces rugía. Es la fiera que corre y que no matará. Luego todo quedaba en silencio. Cuando Tricotel pasaba por junto á una



puerta, sentía en el cuello y en las manos el zarpazo del viento glacial.

Terminada su ronda volvió á la entrada de la estufa principal en donde se había separado de su amo, dejó el farol sobre una tabla, en medio de un grupo de orquídeas adultas, de seis, siete y ocho años; y, sentándose en una maceta colocada boca abajo, se puso á contemplar, tratando de no dormirse, las flores que más le gustaban. A pesar del mal tiempo y del poco sol de los días de invierno, habían florecido cuatro *Cattleya Tryanae* y hasta una *Laelia Digbyana*. Esta (un canario con las plumas erizadas, según Jerónimo), no tenía más que una flor, cinco pétalos de un amarillo verdoso, y en el centro, una mancha extravagante, una manchita color de oro que se extendía, se expandía formando un círculo y terminaba en rayos tenues é innumerables. Ahora bien, en lo más profundo del cáliz, un puntito de púrpura, una gotita de sangre dormía entre los reflejos amarillos. Las *Cattleya*, de un color malva pálido, con el centro de terciopelo violeta, eran iguales á las que todos los días estamos viendo en los escaparates de las floristas, y sólo llamaban la atención por sus tallos y la belleza de su forma.

Jerónimo se durmió. Transcurrieron las horas. De repente, un estrépito horrible, cristales que se hacen añicos, objetos pesados que caen al suelo, una racha de viento frío... El farol se ha apagado. Jerónimo comprende; se ha olvidado de cerrar una puerta, y el

viento glacial ha entrado por ella, azota los cristales que se rompen, mata las plantas, arruina al amo. Enciende con gran trabajo su farol, y lo primero que en medio de su espanto se le ocurre, es mirar la hora que es. Las tres y media. Con un movimiento rápido, haciendo girar el brazo, ilumina el ala derecha del invernadero; todas las plantas aparecen caídas en el suelo ó flotando en las tinas llenas de agua; las cinco orquídeas que tanto le gustaban, las *Cattleya* y la *Laelia*, entre el polvo, confundidas unas con otras, y con todo su musgo desparramado, están, sin duda, muertas ya; lanza un grito; quiere huir; un bulto, un hombre furioso se precipita sobre la luz que el muchacho tiene en la mano.

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Qué has hecho!

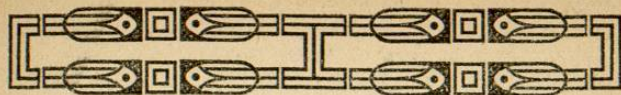
Entonces el chiquillo da media vuelta, echa á correr, salta de estufa en estufa, se escapa, gana la puerta del jardín y sigue huyendo por las calles de Vauves.

El destrozo era grande; Parémont se creyó arruinado y perdió cinco minutos en llorar. Era un artista, un ser todo sentimiento, es decir, muy débil y muy enérgico. Pronto recobró la esperanza, porque la esperanza reside en el fondo de todo amor, y sólo, sin tener quien le ayudase, en la obscuridad, empezó á tapar primero los cristales rotos, y después á recoger sus muertos y sus heridos. Cuando vió el grupo fangoso, revuelto, lamentable, que formaban las *Cattleya* y la *Laelia*, apartó los bulbos, los tallos y las flores destrazadas; no tardó en quedarle en la mano la única de



las cinco orquídeas triunfales, la única que estaba intacta, y observó que en la caída, la flor de oro y púrpura de la *Lælia*, había ido á estrellarse contra otra, y como era poeta, dijo: «¡Si de ti pudiera salir una semilla!» Y la semilla apareció tras de interminables días de espera. Tardó quince meses en madurar. Una vez sembrada la semilla en el musgo, necesitó seis años para convertirse en una hermosa planta.

Al fin floreció. Parémont veló muchas noches acechando la primera sonrisa de los pétalos que se entreabrían. ¡Oh, maravilla! la manchita roja se ha extendido; ya se ha hallado la flor híbrida roja. Parémont no la ha enseñado más que á contados amigos; dentro de tres ó cuatro años espera exponer en París una cesta llena de orquídeas «huracán». Y dice: «Aquella tormenta me hizo perder todo; nació un germen inesperado, y recobré lo perdido.»



## XXIX

### Las lecturas.

EL número de aficionados al arte ha aumentado considerablemente. En todas partes tropiezo con ellos. La hija de mi portera, muchacha instruída que no sabe quién es Dios, dice con toda exactitud, cincuenta años más, cincuenta años menos, los que tiene un bordado. Es una afición grande y general. Se miran más cuadros, se escucha más música que antes. Los placeres se han multiplicado y popularizado; no transforman las almas, no las iluminan sino por un instante; son fugitivos; pero, de esto no tienen la culpa los que los disfrutan, y yo estoy muy contenta de que sean tantos.

Contenta y algo asombrada. Cuando entro en la Exposición—no en la de otoño, en la de primavera—no puedo menos de pensar: «¡Cuántos pintores! ¡Cuántos aficionados! Cómo, toda esta multitud viene aquí arrastrada por la necesidad de admirar?» Sí, á su ma-